

UNO

Hacía más de cuatro años que no dormía realmente, y tenía la sospecha de que eso estaba matándome.

Esa noche, buscar a alguien que no fuera el señor Flint para hacer contacto visual antes de acostarme me pareció más trabajo de lo que valía la pena. Además, era un hombre mayor como cualquiera, el conserje de la biblioteca de Oakville. Ya había visto los sueños de hombres como él. Lo más interesante solía ser la nueva podadora de césped que estaban usando.

Sin embargo, apenas empezó su sueño, me di cuenta de lo equivocado que estaba. Aquel hombre no se parecía en nada a los demás.

Había una mujer tendida en una cama, con un brazo delgado sobre los ojos y los jeans deshilachados en las botamangas por arrastrarlos al caminar. Tenía una camiseta blanca sin mangas levantada en un costado, con lo cual se le veía el abdomen. Me pareció que estaba bastante buena hasta que le vi las arrugas en torno a la boca, el anillo en el dedo y los mechones canosos que asomaban. Maldije por lo bajo; los sueños eróticos con mujeres de la edad de mi madre no eran lo mío.

Por un momento, la escena se congeló ante mí y miré alrededor. Las paredes eran de un verde claro, y en las sábanas había florcitas rosadas y azules. Oí los truenos antes de que el olor a madera húmeda y perfume me invadiera la nariz. Cada efecto sensorial me llegaba como una ola que rompía sobre mí.

La lluvia entraba por la ventana abierta y formaba un charquito sobre la cómoda de cedro. Las pesadas cortinas verdes crujían mientras daban marco a la oscuridad exterior.

Sabía que pronto vería al señor Flint. El soñador siempre aparecía último, como si el cerebro tuviera que armar la escena antes de colocar en ella al protagonista. Me había llevado mucho tiempo darme cuenta del funcionamiento básico de los sueños. Aunque nunca lo terminaría de entender. Lo había intentado durante varios meses, hasta que comprendí que los soñadores no podían verme. Aunque me parara justo delante de ellos y les gritara a todo volumen, nunca sabían que yo estaba allí.

Era un tanto irónico que yo supiera tanto sobre los sueños de otros, tomando en cuenta que nunca dormía. Bueno, mi cuerpo dormía, pero mi cerebro... no tanto. El mundo de mis sueños ya no era mío. Era prohibido y lejano. Yo solo era el tipo que observaba, un observador pasivo en las mentes de otros, que veía lo mismo que ellos y sentía lo que ellos sentían. Conocía sus sueños como a mi propia piel.

Una cosa que había aprendido rápidamente era que todos los sueños tenían capas. Como si el cerebro se aburriera demasiado construyendo un solo sueño por vez. Siempre ocurría algo más bajo la superficie. Mi cerebro solía ubicarme en la capa más cercana a la realidad. Al menos, eso suponía yo. No estaba seguro, pero era la única explicación que se me ocurría de por qué a menudo veía fantasías y recuerdos en lugar de la alternativa. Seguía viendo las cosas raras, pero con menos frecuencia. A juzgar por la falta de duendes o muebles parlantes a mi alrededor, este sueño era una demostración más de eso. No percibía el trasfondo, las metáforas; percibía lo real.

Oí otro trueno y suspiré, esperando a que él apareciera. Ya me daba cuenta de que el sueño del señor Flint era un recuerdo, y solo quería que terminara. No me gustaba observar recuerdos. Me parecía

una intrusión mayor aún que observar fantasías. En un recuerdo, todo estaba claro como el cristal, con muy poco de la bruma que pendía literalmente sobre otros sueños que veía. Después de años de observaciones, sabía que aquel grado de enfoque, de detalles, solo podía significar una cosa. Aquello no era una creación de la mente del señor Flint: era su vida. El análisis retorcido que su cerebro hacía de su pasado hizo que el aire se espesara a mi alrededor, como si un millón de observaciones se dieran a la vez.

Y entonces lo vi, en la puerta, mirándola. Cuando me llegaron sus emociones, me aplastaron, me dejaron sin aire. Las pasiones ardientes y desesperadas del conserje me llegaron en una oleada tras otra de tristeza, ira y traición. Cada una me golpeó más fuerte que la anterior, hasta que el dolor las eclipsó a todas, insoportable pero constante. Ahora la vida era dolor. Ya no quedaba esperanza. El dolor ahogó la esperanza junto con todo lo que sugería momentos más felices.

Me agaché, sosteniéndome el costado y jadeando. Sabía que no podía hacer otra cosa.

La habitación se cargó de una energía inexplicable a medida que el dolor físico se disipaba a la sombra de otras emociones más funestas: el odio, combinado con adrenalina que aceleraba la sangre, se convirtió en la rabia más pura que había sentido jamás.

Clavé los dedos en el suelo cuando la furia del señor Flint me desgarró. Me abrumó su necesidad de destruir, de hacer sufrir a alguien como sufría él.

Cuando se acercó a la cama, hubo un destello en su mano. Entorné los ojos para ver mejor. Traía un abrecartas plateado con mango azul marino. Combinado con la expresión sombría y concentrada de su rostro, yo nunca había visto un arma de aspecto más letal.

Me resistí a sus emociones y traté de moverme, de esconderme de lo que sabía que vendría, pero fue en vano. No podía salir de allí.

Podía cerrar los ojos, pero las emociones del soñador eran lo peor y no podía esconderme de ellas. Si no veía lo que ocurría, mi mente completaba los espacios en blanco. Con demasiada frecuencia, las imágenes perturbadoras que se me ocurrían eran mucho peores que la pesadilla de la que no podía salir.

Le sostuvo una almohada sobre la cabeza mientras la apuñalaba tres veces con el abrecartas a través de la camiseta. Los gritos sofocados de la mujer rasgaron el aire. Mezclados con los gruñidos de él, su muerte creó una melodía horrenda hasta que todos los sonidos se fueron reduciendo a un susurro apagado. La súbita quietud me engulló. Mientras me esforzaba por controlar mi respiración, la sangre de la mujer se derramaba sobre las sábanas floreadas desde el triángulo de heridas, a través de la camiseta. Me dolía la cabeza y mi corazón latía con fuerza.

La furia del hombre cesó tan abruptamente como había empezado, y solo quedó la desesperación. Pude sentir cuánto la odiaba, cuánto se odiaba a sí mismo. Su absoluta certeza de que ya no valía la pena vivir cayó de lleno sobre mis hombros y me estremecí bajo su peso. El señor Flint tomó las manos de ella en las suyas y sollozó. Le quitó del dedo la sortija de oro y se la llevó a los labios. De su cuerpo brotaron unos gemidos desgarradores que nos llenaron a ambos de aflicción y casi no nos dejaban respirar.

Me horrorizó sentir pena por él, a pesar de que era imposible no hacerlo pues yo *sentía* sus emociones. El sueño sería un recuerdo, pero mientras tanto el señor Flint estaba dormido, suspendido en ese lugar donde se desdibujan los límites entre el bien y el mal... En cambio, yo no. Me asqueaba sentir pena por un asesino, pero no importaba. La lástima que él sentía por sí mismo me envolvió, más fuerte que mi propia repulsión.

Mi mirada osciló entre él y la mujer, su esposa. No era el mismo hombre que al comienzo del sueño. Algo había cambiado, tan fuerte

que pude sentirlo. Ahora era un asesino. Jamás volvería a ser la misma persona. De eso no se volvía.

Él era un reflejo de mi capacidad... mi maldición. Habiendo visto aquello, yo tampoco volvería a ser el mismo.

* * *

Desperté tosiendo, con el cuerpo bañado en sudor. Acurrucado, me rodeé las rodillas con un brazo y traté de recuperar el aire. ¿Por qué tuve que elegirlo a él? ¿Por qué a un asesino?

Era horrible ser un Observador, especialmente cuando todos los que me rodeaban eran Soñadores. No sabía si había otros como yo, pero sabía que, fuera quien fuese el último Soñador, no podía librarme de él. Por más que quisiera evitarlo, me quedaba con esa persona toda la noche.

Un fuerte golpe resonó en mi puerta. Me levanté de la cama.

–Es fin de semana, mamá.

La voz me salió ronca y exhausta. Caminé tambaleándome hasta el baño, inhalando profundamente y obligándome a no pensar en el sueño del señor Flint.

Inhalar y exhalar.

Inhalar y exhalar.

–Es casi mediodía, majestad –me gritó desde la cocina.

Me detuve en mitad del pasillo y me froté los ojos.

–Son casi las *once*. Deja de exagerar o voy a tener que contratar a otra empleada doméstica.

–Sí, sí –masculló mamá.

Contuve el deseo de contarle, a ella o a cualquiera, lo que había visto. Por más que me habría gustado ir a la policía y denunciar que había visto en un sueño al señor Flint asesinar a su esposa, sabía que nadie

me creería, y el hospital psiquiátrico no era un sitio ideal para pasar el fin de semana.

Tomé el periódico, que estaba en la mesa del vestíbulo, y lo llevé al baño. El frío de las baldosas me estremecía los pies mientras pasaba las páginas. Allí estaba:

Donna Marie Flint, nacida el 9 de mayo de 1971, falleció la semana pasada en lo que parece haber sido un intento fallido de asalto en su domicilio. Sus familiares y amigos pueden ofrecer sus condolencias el martes en la casa funeraria Oakville.

En un par de días.

No hacía mucho tiempo que había muerto la señora Flint, pero aun así era demasiado tarde para salvarla. No había nada que yo pudiera hacer, nada que hubiera podido hacer. La policía se equivocaba con la hipótesis del robo, pero a la larga descubriría la verdad sin mi ayuda. Tenía que creer eso.

En un instante de morbosidad, me pregunté: si yo estaba en lo cierto con respecto a lo que iba a pasar y esa maldición estaba matándome de a poco, ¿qué diría mi necrología? *Parker Daniel Chipp, dieciséis años, alumno de la Escuela Secundaria de Oakville, murió por falta de sueño. ¿O acaso pondrían algo tan poco convincente como de muerte natural?* De cualquier manera, sonaba lastimoso.

Entré a la ducha y giré los grifos hasta que el agua salió tan helada que parecía como si mil fragmentos de vidrio se me clavaran en la piel. En general, era la única manera de mantenerme despierto. El agua corría formando arroyuelos diminutos en mi piel, llevándose las imágenes del sueño. Las duchas calientes habían quedado en el pasado. Después de restregarme el cuerpo hasta hacerme doler, cerré el grifo.

Me envolví con una toalla a la cintura, tratando de concentrarme en algunos sueños más felices que había visto. Los sueños ajenos

ocupaban una parte tan grande de mi vida (y de mi cerebro) que no fue difícil hurgar en la pila y encontrar uno diferente. Cada sueño era único e igualmente agotador.

Las capas de los sueños solían ser lo más difícil. A veces me dejaban una jaqueca que me duraba varias horas después de despertarme. Era como si el subconsciente del Soñador hubiese estirado su músculo imaginativo y quisiera abarcar lo más posible, solo para torturarme o algo así. A veces las otras capas de fondo eran como una bruma, que pendía sobre la capa principal del sueño como una cortina transparente. Raras veces, los sueños se componían de lo que parecían capas físicas, algunas más basadas en la realidad, otras más excéntricas que la alucinación preferida de un adicto al LSD, apiladas una encima de otra, y el Soñador rebotaba entre ellas como una pelota de ping-pong, como si su cerebro no lograra decidir qué sueño tener.

Luego estaba la neblina de pensamiento que atravesaba como volutas los sueños vívidos de recuerdos. Si te quedabas entre esa especie de vapor plateado, podías oír al cerebro del Soñador pensando, reviviendo, decidiendo. Las palabras y los pensamientos se entremezclaban y se entreveraban tanto que, al cabo de pocos segundos, te hacían dar vuelta la cabeza. Después de mi primera experiencia con la neblina, la evitaba con esmero.

Lo peor era cuando las otras capas eran tan borrosas que parecían ruido de fondo, como si tuviera un millón de abejas zumbando a mi alrededor. Después de observar uno de esos, siempre tenía una terrible jaqueca al día siguiente, de las que no se curaban con ningún analgésico.

Respiré hondo y traté de concentrarme en la tarea que me ocupaba. Mientras me secaba la cara, llegué a palpar las ojeras profundas, como si llevaran allí tanto tiempo que me hubiesen dejado huecos bajo los ojos. Me estremecí, me aparté de la frente el cabello negro despeinado

y traté de ver si mi aspecto estaba peor que el día anterior. Mis ojos celestes me devolvieron la mirada. Sí, estaba horrible. Pero ¿acaso podía hacer algo? No.

Me puse unos jeans y una sudadera, y me dirigí a la cocina. Olía a cítricos y bayas. Frutas frescas: el desayuno preferido de mamá. Cuando pasé, levantó la vista con una gran sonrisa, pero se le borró cuando sus ojos se toparon con los míos. Sabía lo que estaba pensando. Su preocupación constante era la razón por la que solo observaba sus sueños cuando no me quedaba otra opción.

–¿Dormiste bien?

–Claro –asentí y aparté la mirada para no ver su expresión preocupada.

Mamá se puso delante de mí y colocó el dorso de una mano en mi frente. Con un suspiro, la bajó y torció los labios hacia un costado.

–Bueno, no tienes fiebre...

La tomé por los hombros, sonreí y la miré a los ojos. A esa hora tan temprana, no importaba con quién hiciera contacto visual. Por ahora, estaba a salvo.

–Es porque estoy bien.

Mamá puso su puño bajo el mentón y lo movió hacia adelante y atrás, mientras me observaba buscar en la cocina algo para comer. Ya conocía ese movimiento. La había visto tantas veces mirar así a papá, antes de que se marchara, que era imposible olvidarlo.

El primer año que él faltó, mamá estaba tan alterada que se dedicaba de lleno a su trabajo. Siempre me daba de comer y se ocupaba de mí, pero nunca se daba cuenta de lo cansado que estaba. Eso había sido más de tres años atrás. Todavía extrañaba aquellos días. Cuando ella no estaba, yo no necesitaba fingir normalidad.

Corté una manzana con el cuchillo más grande que encontré y contuve la mezcla de frustración y resentimiento que me invadía

cada vez que pensaba en papá. Ya tenía suficientes problemas para tener que soportar los que él había dejado.

Levanté la vista, preparado para manejarme con mamá como lo hacía siempre: distrayéndola.

–¿Hoy tienes algún compromiso?

Tomó su celular, que estaba sobre la mesada, y revisó el calendario.

–Esta tarde tengo que mostrar un par de casas, y luego otras. Puede que vuelva un poco tarde. ¿Estarás bien solo?

–Sí. Probablemente haga algo con Finn.

–¿Eso es todo? ¿No viene nadie más? ¿Solo Finn? –me preguntó, observándome la cara con los ojos entornados. Una vez más, no me creía.

Me llevé a la boca una rebanada de manzana y caminé hasta la ventana. Era necesario terminar aquella conversación.

–Sí, solo Finn –respondí, masticando.

Ella asintió y volvió a su teléfono.

Fui a mi cuarto y me puse el calzado deportivo. De no haber sabido lo contrario, habría pensado que era de plomo. Últimamente, la gravedad era mi enemiga. Cada mañana me pesaban más los brazos y las piernas, y hasta los párpados. Me asombraba cuando la balanza marcaba el mismo peso, o un poco menos que la semana anterior. Cada vez que me subía a ella, estaba seguro de que mi cabeza sola debía de pesar un par de kilos más. Cada día me costaba más mantenerla erguida.

El mes anterior, al cumplir dieciséis años, había agotado mi última idea. Todas las tardes durante dos semanas, me detenía en una gasolinera camino a casa, y allí hacía contacto visual con el tipo que trabajaba en el turno noche, con la esperanza de poder dormir si mi Soñador pasaba toda la noche despierto. Pero luego, cuando dormía, no lo hacía de verdad. Observar sueños era como quedarse despierto

todo el tiempo mirando películas que cautivaban todos los sentidos, y dormir mientras mi Soñador estaba despierto era como quedarse despierto mirando la estática en un televisor sin sonido. Me daba paz hasta cierto punto, pero aun así mi cerebro no descansaba. Era solo mi propio vacío personal.

Esas noches me ayudaban a concentrarme un poco más durante el día, pero no mucho. Por eso, cuando mamá empezaba a preocuparse porque yo siempre volvía muy tarde a casa, dejé de hacerlo. De todos modos, empecé a aburrirme aquella nada, noche tras noche; era como estar sentado en mi propia habitación acolchada. La ironía de aquello me hizo sonreír: era prácticamente lo que tanto trataba de evitar.

Había probado todo lo que se me había ocurrido. Hasta intentaba no hacer contacto visual con nadie en todo el día... lo que no es tan fácil como parece. Pero incluso entonces solo veía los sueños de la última persona del día anterior.

Al empujar mi mochila hacia la pared con el pie, noté que el bolsillo más grande estaba abierto a medias y asomaba una esquina de un libro. La recogí y cerré el bolsillo; luego eché una mirada rápida a mi cuarto. Estaba... diferente. Un par de cosas habían cambiado de lugar, pero no era nada obvio. Suspiré. Ella había estado allí otra vez. Seguramente mientras yo me duchaba. Si algo no falta en mi familia, es perseverancia.

Respiré hondo y regresé a la cocina.

–¿Encontraste drogas esta vez?

Mamá no levantó la vista de su celular, pero la vi cerrar los ojos con fuerza antes de responder. Se esforzó tanto por demostrar calma que le tembló la voz.

–No.

–Pero de todos modos vas a volver a revisar la próxima vez, ¿no?

Me senté a la mesa y miré su espalda, enojado. Ya tenía suficientes problemas. ¿Por qué ella tenía la necesidad de agregarme otros?

Se dio vuelta, se apoyó contra la mesada, se cruzó de brazos y dijo:
–¿Qué quieres que piense? No hablas conmigo. Estás bajando de peso... Es que... no te veo bien, querido.

–Buena manera de subirle la autoestima a alguien, mamá.

Me froté los ojos con la mano y miré por la ventana.

–¿Tienes una explicación mejor? –esperó un momento antes de continuar–. Porque, créeme, no quiero encontrar drogas... pero no sé qué más pensar.

–Ya te lo dije –meneé la cabeza y la miré–. No duermo bien.

Mamá bajó el mentón y levantó las cejas.

–Parker, te pasas *todo el tiempo* durmiendo.

Me recorrió una oleada de ira. ¿Por qué insistía en hablar de eso? De todos modos, nunca me creía lo que le decía. Me puse de pie y me volví hacia el vestíbulo.

–Bueno, entonces será por las drogas.

–Espera, por favor –me tomó por el codo antes de que pudiera salir de la cocina, pero no habló hasta que me volví hacia ella–. Bueno, si tienes problemas para dormir, vamos a ver a un médico. Hoy. El doctor Brown atiende fuera de hora los fines de semana. Iremos a verlo ahora mismo.

–¿Hoy? –pregunté, con el ceño fruncido–. Pero tienes compromisos.

–Los cambiaré. No hay problema. Esto es más importante.

Me recorrió un escalofrío. Había tratado de evitar eso, por temor a que un médico confirmara mis sospechas, o peor, que me llamara loco y me enviara a un manicomio, pero tenía que ser franco. Ya había encontrado toda la información que podía hallar en Internet... y no me gustaban las respuestas que había allí. Era hora. Simplemente tendría que manejarme con inteligencia. No le diría toda la verdad, pero buscaría la manera de que me diera las respuestas que necesitaba.

–De acuerdo, mamá. Si piensas que eso va a ayudarme, iré.